



EL VATICANO

He hecho dos viajes turísticos a Roma, el primero cuando era soltero, una especie de pequeño Gran Tour, y el segundo esta semana. Dos visiones complementarias. Voy a referir mis impresiones vaticanas.

El Vaticano no está en Roma sino al revés. Roma es uno de los vastos dominios pontificios y una extensión de la autoridad espiritual de la Santa Sede. Es el Vaticano quien ha concedido el derecho de extraterritorialidad a la Ciudad Eterna. Vamos del Vaticano a Roma: hay que recorrer en sentido inverso la *Via della Conciliazione* para comprender donde estamos. Un ejemplo entre mil: el Coliseo se salvó de la demolición gracias a que el Papa Benedicto XIV lo declaró en 1749 lugar sagrado en memoria de los mártires cristianos ejecutados en la arena. Actualmente es parada tradicional del Papa en el Via Crucis del Viernes Santo (para que no se olvide lo que le pasó a los cristianos y al Coliseo).

La cola para entrar a la Basílica de San Pedro, el mayor templo de la cristiandad, es tolerable. Sus puertas están siempre abiertas a los millares de almas que acuden a diario. Sin esa generosidad (además la entrada es gratuita) sería imposible traspasar el pórtico. Antes o después tendrán que limitar el acceso por razones de conservación. Lo que encuentras dentro es una marea humana y una torre de Babel donde se mezclan todas las lenguas. Sólo cerca del altar mayor caminas normalmente. Puedes redimir tus pecados a la carta; cada confesionario pertenece a una orden religiosa. Curas y monjas de todos los colores deambulan como Pedro por su casa. Para que luego cuestionen el pluralismo de la Iglesia.

Su interior es inabarcable, incluso para la mente; evoca la teocracia y el poder absoluto del papado. La escala grandiosa del edificio, el horror al vacío del Barroco, la cúpula, el baldaquino de bronce, las estatuas con mitra y báculo, la cripta donde yacen más de 180 pontífices, los tesoros de la cámara, las reliquias... todo concluye en una verdad: primero el Papa, después el Espíritu Santo, luego la Virgen, por último los santos y la cristiandad. Una parte de la nave central y algunas capillas estaban cerradas con panel y alfombra roja. Al rato, una procesión de cardenales y su séquito las recorrieron. Tuve suerte porque cuando los vigilantes levantaron los paneles me encontraba en primera fila para contemplar la *Pietà*. Las inscripciones fundacionales, grabadas con cincel en las alturas del templo, pueden resumirse en una frase: *lo que sea atado en la tierra no sea desatado en el cielo*.

El propio Nietzsche en *El anticristo* reconoce su admiración por la iglesia de Roma: su ostentación, su exterioridad, su gusto por el lujo y el ornamento, su sentido aristocrático, su amor al gran arte. Las invectivas van contra el luteranismo, una religión de la experiencia interior, del evangelio y la fe, de los valores contrarios a la vida, de la decadencia espiritual y el triunfo del nihilismo. O como dijo mi padre cuando unos Testigos de Jehová le abordaron en la calle para endosarle sus embrollos: "Lo siento, si no creo en la Iglesia verdadera, menos voy a creer en las falsas".

Después, los museos vaticanos. Casi dos horas de cola. Si no has reservado tu entrada o vas con un grupo organizado te toca bordear la muralla hasta la entrada. Aunque el plantón merece la pena. Lucía un sol picante de primavera: una legión multicolor de emigrantes intenta venderte gorras y sombreros. Apareció la lluvia en forma de chubasco: los mismos pero cargados de paraguas. Compré uno por tres euros (me pedía seis) y no llegué sano a la puerta. Cubierto sin lluvia: recuerdos, quincalla y otras menudencias. De vez en cuando se presentan los *carabinieri* y los marchantes desaparecen como por ensalmo. Cuando por fin estás dentro reina el caos. Masas de turistas vagando por las estancias. Cito a Chateaubriand: *Me pierdo por los museos de este Vaticano con once mil cámaras y dieciocho mil ventanas. ¡Qué soledad la de estas obras de arte!* Los museos se convierten en lugares para ser fotografiados. Inversamente, el peregrino se transforma en alguien que observa el mundo a través de un objetivo. Nadie mira con sus propios ojos. En parte por los recuerdos, *son mis fotos*, aunque hay mejores en Internet o en los libros; además, perturban la

autonomía de la memoria para construir la vida. Lo bueno de las cámaras actuales es que puedes ver las fotos al instante y olvidarlas para siempre. En la mayoría de los casos son un remedio contra el tedio.

La arquitectura de los palacios te obliga a recorrer todas las salas. Una visión completa del museo llevaría años. Seleccionar o morir. Estuve una mañana entera. Tres maravillas: *Fortuna detenida por el amor* de Guido Reni (Sala XII de la Pinacoteca), Apolo de Belvedere (Patio Octógono) y la Galería de los mapas. Pero sobre todo la Capilla Sixtina, restaurada, la obra de arte más hermosa que han visto mis ojos. No encuentro palabras y si creyera encontrarlas no le harían justicia y si le hicieran justicia (aunque fuera muy poca) no las diría por respeto. Sólo se me ocurre que su belleza es el mejor argumento teológico a favor de la existencia de Dios.